

PRIORIDADES AL PRESENTAR LA FE

(La Conversión de un Evolucionista)
Por el Dr. John C. Whitcomb

¿Cuánto necesitamos de las evidencias científicas y los argumentos intelectuales para dar testimonio del Evangelio? Este poderoso y muy legible artículo, típico del autor, captó las mentes de muchos predicadores cuando fue publicado por primera vez en 1984. Proviene del co-autor de El Diluvio del Génesis, y demuestra que la Palabra y del poder del Espíritu son imprescindibles para la conversión.

Mi experiencia personal con la apologética cristiana comenzó en febrero de 1943, cuando era estudiante en la Universidad de Princeton. No había tenido el privilegio de crecer en un hogar Cristiano ni de asistir a una iglesia que enseñara la Biblia. Pero Dios, en Su gracia, usó a una pareja de estudiantes Cristianos de la universidad para que me invitaran una y otra vez a asistir a una clase Bíblica semanal que era dictada por un graduado de Princeton y ex misionero en la India.

Allí el mensaje del Evangelio era presentado magníficamente, y después de varios meses bajo dicha enseñanza, me rendí a las demandas y la autoridad del Señor Jesucristo.

Yo sabía que no había otros cristianos en el edificio estudiantil donde me alojaba en ese tiempo, pero tenía algunos buenos amigos, uno de los cuales era un intelectual sofisticado que provenía de un hogar adinerado. Yo estaba convencido de que la conversión de este hombre podría producir grandes cambios en la vida de los estudiantes, por lo que un día lo invité a asistir a la clase Bíblica.

Mis esperanzas eran grandes, porque yo estaba preparado para convencerle de que ninguno podía igualar a este maestro de la Biblia que me había guiado al Señor. Después de tantos años, recuerdo bien la conversación: ‘Harry, aquí hay un profesor que realmente puede presentar el mensaje de la Biblia clara y convincentemente. ¿Por qué no vienes conmigo el domingo a la tarde y lo ves por ti mismo?’

‘¿La Biblia?’ replicó. ‘¿Por qué debería yo gastar tiempo para estudiar un libro religioso que está pasado de moda por casi dos mil años? Sabes bien que en Princeton no hay un solo profesor de ciencia que toma la Biblia en serio con respecto al origen del mundo. La gente inteligente ya no apoya la idea de que todo fue creado voluntad divina. Realmente, no tengo interés en la Biblia’.

Aguijoneado por este rechazo total de la Palabra de Dios basado en el consenso científico, me refugié en mis amigos Cristianos. Me preguntaba: ¿Habrán algunas publicaciones académicas que puedan ayudar a mi amigo a ver la debilidad del evolucionismo y por lo tanto a admitir la posibilidad de una creación sobrenatural?

Con la excepción de unos pequeños folletos, no encontré nada; pero armado con estos folletos me acerqué a Harry de nuevo. Para mi sorpresa, él fue muy amable, y me dijo: ‘Gracias por tomarte todo el trabajo de reunir todos estos folletos para mí. Realmente no sabía que alguien fuera capaz de escribir un libro tomando literalmente al Génesis. Te diré lo que voy a hacer: Algún día, si tengo tiempo, voy a ver lo que dicen.’

Y esto fue todo. Fue un rechazo cortés pero definitivo.

Me sentí profundamente desanimado ante éste y otros fracasos similares en mis esfuerzos por convertir a mis amigos al Cristianismo, y discutí el problema con mi maestro de la Biblia. ‘¿Qué pasa conmigo? ¿Es mi personalidad o necesito más tiempo para reunir mejores argumentos?’ En vez de darle un sermón a su nuevo discípulo sobre la complejidad de la apologética bíblica, muy sabiamente me invitó a que lo acompañara en una breve visita a otro dormitorio donde, cinco meses antes, un estudiante nuevo había llenado precipitadamente una tarjeta indicando interés en asistir a nuestra clase de estudio bíblico.

Al abrirse la puerta en respuesta a nuestro llamado, comenzó a salir una nube de humo de pipa hacia el pasillo. ‘Yo soy John Whitcomb y él es el maestro de Biblia de la Asociación Evangélica de Princeton. ¿Está Tom Smith?’ Se oyeron los ruidos de pisadas apresuradas, y de una lámpara de mesa que caía al suelo y de varias figuras que huían *aterrorizadas*, dejando a nuestra víctima para que se defendiera por su cuenta contra esos intrusos indeseables.

‘¿La Comunión Evangélica de Princeton? Oh, sí, pienso que firmé la tarjeta el pasado otoño; pero ya no estoy interesado en la Biblia. Solía pensar que la Biblia era verdad, pero estos cinco meses de estudio aquí han sido suficientes para convencerme de que está llena de errores’.

‘Estoy fascinado escuchando lo que usted dice,’ comentó tranquilamente mi maestro. ‘Dígame, ¿qué errores particulares descubrió usted en la Biblia que lo convencieron de que no es verdad?’ Esto era inesperado. ¿No era suficiente ese firme rechazo como para terminar esta incómoda conversación? El consenso general de esta gran universidad ¿no era suficiente para silenciar a cualquiera que todavía creía que la Biblia era verdad?

Tom pensó por un momento y respondió, ‘¡Jonás y la ballena! Aquí está su prueba. ¡Ninguna persona educada en la actualidad podría creer por un momento de que una ballena pudo haber tragado a un hombre y para escupirlo vivo en la playa tres días después!’

Esto era lo crítico para mí. ¿Cómo podríamos manejar este desafío directo a la historicidad del libro de *Jonás*? Quizás podríamos encontrar en la biblioteca de la universidad algunos libros sobre ballenas que demostrarían su capacidad para tragar hombres vivos. Quizás hasta podríamos encontrar evidencias históricas de hombres que realmente habían sobrevivido a semejante prueba. ¡Eso lo convencería de que el libro de *Jonás* era tan infalible como el resto de la Biblia!

Providencialmente, fue mi maestro quien le respondió. ‘Tom, francamente estoy muy agradecido de que es el libro de *Jonás* con el que estás teniendo dificultad. No hay otro libro más fascinante en el Antiguo Testamento que *Jonás*. Algún día, si tenemos tiempo, me gustaría discutir contigo todo el mensaje de ese libro, al que el Señor Jesucristo mismo se refirió por una razón muy importante.

‘No obstante, mientras tanto ¿te importaría si yo te explicara por qué he llegado a creer que la Biblia es la Palabra de Dios y por consiguiente la verdad en todas sus partes?’

Impresionado con la irresistible amabilidad y confianza de este hombre que parecía conocer por experiencia personal al Dios de Quien hablaba, Tom dio su cauteloso consentimiento.

‘Tom, cuando estudiaba yo aquí, hace treinta años, sentía lo mismo que tú acerca de la Palabra de Dios. Pensaba que tenía todas las respuestas que necesitaba con respecto a la vida. Pero estaba equivocado. En Su infinito amor, Dios se inclinó hacia mí y mi profunda necesidad personal, y me mostró, mediante las familiares palabras de Su inigualable Libro, que mi problema de raíz era el pecado, el alejamiento deliberado de Dios Mismo’.

Lo que el joven oyó no era una defensa científica, histórica o filosófica del Cristianismo, sino un testimonio saturado del Evangelio, dirigido con oración a su corazón.

De lo que recuerdo de esta conversación, Tom sí hizo algunas preguntas acerca del Cristianismo y la Biblia. Las preguntas no fueron totalmente ignoradas, pero las respuestas siempre fueron ampliadas con nuevas perspectivas sobre el Evangelio y con apelaciones para que se rindiera a Cristo. Fue este enfoque lo que finalmente guió a un orgulloso estudiante universitario a reconocer el señorío de Cristo en su vida.

Todo esto me obligó a echar una nueva mirada a algunos de los factores básicos de la apologética cristiana que anteriormente yo había descuidado mucho. He llegado a creer que mi ignorancia inicial concerniente a estos principios Bíblicos es lo que también caracteriza a muchos obreros Cristianos frustrados e infructuosos de la actualidad.

Básicamente, mi problema era doble. Había subestimado la profundidad de la rebelión del hombre contra Dios, y no estaba consciente de lo absolutamente crucial que es la Palabra de Dios, mediante la obra convincente e iluminadora del Espíritu Santo, en esto de traer a los hombres pecadores a Cristo.

En nuestros esfuerzos por hacer que la Biblia y el Cristianismo sean atractivos y aceptables a los hombres, nos enfrentamos inmediatamente con dos formidables obstáculos: la naturaleza caída del hombre y las fuerzas Satánicas que lo rodean. Aunque estos hechos no deberían ser una gran sorpresa para el creyente, aún para aquel que está familiarizado con el Cristianismo sólo superficialmente, me asombra el hecho de que son muy pocos los libros evangélicos sobre apologética Cristiana, aun los más conocidos, los que les dan una seria consideración a estos dos obstáculos.

Cuando uno lee dichos libros, casi es inducido a creer que (además del Evangelio) lo que *realmente* necesitamos para ganar a los intelectuales para Cristo es un arsenal de argumentos cuidadosamente desarrollados contra los distintos sistemas religiosos y filosóficos. También parece que necesitamos un

conjunto impresionante de evidencias de, por ejemplo, arqueología e historia, en cuanto a que la Biblia y el Cristianismo son verdaderos.¹

Pero si vamos a ser totalmente honestos con la perspectiva bíblica de esta cuestión, debemos admitir que muy a menudo hemos sido culpables de edificar nuestros sistemas de apologética sobre otros fundamentos y no sobre el que está establecido en la Escritura. En vez de darnos la impresión de que los hombres están esperando ansiosamente pruebas de que el Cristianismo es verdad, encontramos que la Biblia expone a los corazones de los hombres como sellados herméticamente contra cualquiera y contra todas aquellas presiones intelectuales para la conversión, que son meramente humanas.

El problema básico de aquel que no es cristiano no es meramente académico e intelectual; es un problema moral y espiritual. La Biblia indica que *todos* los que no son creyentes, (incluyendo a los así llamados dudosos honestos), son enemigos de Dios, y están bajo el juicio divino debido a la deliberada distorsión que hacen de toda la realidad para encajarla dentro de su propio marco espiritual de referencia.

En el hombre natural no existe ni el más pequeño deseo de buscar a Dios, de encontrarlo y de reconocerlo por lo que Él es: ‘El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos’ (Salmos 10:4). En otra ocasión, mediante la pluma de David, el Espíritu Santo nos informa que “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios’ (Salmos 14:2). ¿Pero qué vio Él? Vio que ‘Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno’, (citado en Romanos 3:10-12).

El incrédulo no busca ni practica la verdad, y además suprime sistemáticamente cualquier verdad que recibe: ‘Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen [suprimen] con injusticia la verdad... de modo que no tienen excusa’ (*Romanos 1:18-20*).

De hecho, las Escrituras establecen claramente que los hombres caídos, lejos de estar abiertos a los argumentos acerca de lo que Dios afirma sobre ellos, están enemistados con él. Porque ‘los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden’ (*Romanos 8:7*).

Tradicionalmente la apologética cristiana ha estado interesada en dar respuestas racionales a los desafíos de los incrédulos con respecto a la revelación especial de Dios en la Escritura. Pero, ¿a cuáles mentes estamos apelando? ¿Hasta qué punto el pecado y la rebelión espiritual contra Dios han afectado las capacidades racionales del hombre?

Considere estas declaraciones: ‘Y Él os dio vida a vosotros, cuanto estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo... haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás’ (*Efesios 2:1-3*). ‘Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón’, (*Efesios 4:17-18*).

Pero, ¿es la ‘mente’ humana capaz de despegarse del llamado ‘corazón’ y de extraer sus propias conclusiones acerca de Dios, independientemente de la dirección descendente de nuestra naturaleza caída? La respuesta es: ¡No! Note la explicación que da nuestro Señor sobre la relación inquebrantable que hay entre la mente y el corazón: ‘Porque del corazón salen los malos pensamientos’ (*Mateo 15:19; cf. Marcos 7:21*). Las Escrituras no nos dan ninguna esperanza de que puede haber un cambio fundamental en la forma de pensar del hombre acerca de Dios, a menos que haya un profundo cambio en su ‘corazón’, el centro moral y espiritual de su ser.

Además del obstáculo de que el ‘corazón-mente’ humanos se oponen totalmente a la verdad de Dios, está el obstáculo de Satanás, ‘el dios de este mundo’, y sus fuerzas demoníacas. Esto me lleva a darme cuenta de que cuando hablo a un incrédulo acerca de Cristo, no estoy realmente hablando a una persona sino a dos o más personas, y que todas son invisibles excepto una de ellas.

¹ Por ejemplo, John Warwick Montgomery afirma audazmente: ‘Las posiciones no Cristianas deben ser destruidas mediante hechos, y la religión Cristiana debe ser establecida mediante hechos. Cualquier procedimiento menor es una aniquilación de la responsabilidad apologética frente a un mundo caído.’ (Once upon *Un A Priori, in Jerusalem and Athens*, editado por E. R. Geehan [Nutley, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Co. 1971], p388)

El apóstol Pablo habló de este hecho varias veces. Explicó que ‘no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes’ (*Efesios 6:12*).

Él sabía que los Cristianos anteriormente andaban ‘... conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia’ (*Efesios 2:2*). Él reconoció que ‘si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio’ (*2 Corintios 4:3-4*).

En la parábola del sembrador, nuestro Señor habló de este obstáculo a la recepción de su Palabra cuando identificó a las aves que devoraban la semilla: ‘Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Éste es el que fue sembrado junto al camino’ (*Mateo 13:19*).

Un sistema de apologética Cristiana que subestima el poder que tiene Satanás en la mente de los incrédulos puede que no sea exactamente culpable de maldecir a las majestades angélicas como Judas nos advierte; pero, debido a que ignora el alcance del poder de Satanás, es incapaz de seguir el ejemplo de Miguel y de decir eficazmente, ‘El Señor te reprenda’ (*Judas 9*). Lo que necesitamos desesperadamente en la actualidad es una apologética con poder.

Si el cuadro bíblico de la enemistad del hombre contra Dios y del control de Satanás es correcto, entonces ¿cómo pueden los cristianos persuadir a los hombres a alejarse del pecado y de Satanás y acudir al Dios vivo y verdadero? Como es lógico, la respuesta bíblica es que... no pueden. Las Escrituras no nos dicen que al incrédulo le resulta difícil aceptar la verdad espiritual. Dicen que es imposible. ‘Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente’ (*1 Corintios 2:14*). En cierta oportunidad nuestro Señor hizo una declaración similar concerniente a un todo un segmento de la sociedad, y ‘sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: ‘¿Quién, pues, podrá ser salvo?’ Su respuesta nos provee la clave para toda la apologética cristiana verdaderamente eficaz para hoy: ‘Para los hombres esto es imposible; mas para con Dios todo es posible’, (*Mateo 19:25-26*). Parece bastante obvio, entonces, que Dios nunca tuvo el propósito de que el cristiano tuviera que ganar a los perdidos mediante argumentos filosóficos y académicos, o que usando estos medios debían remover los obstáculos mentales de los incrédulos a fin de que la Palabra de Dios pudiera penetrar sus corazones.

Si este hubiera sido el plan de Dios, la gran mayoría de los cristianos de toda la historia habrían sido automáticamente descalificados del testimonio eficaz, porque no hubieran podido llegar a los incrédulos que cuentan con un alto nivel educativo debido, debido, precisamente, al nivel intelectual de debate en el que se encuentran. ‘Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia’, (*1 Corintios 1:26-29*).

El método Bíblico para ganar a los hombres para Cristo (incluyendo a los intelectuales de nuestros días) es presentar con afecto, paciencia y oración, el Evangelio verdadero, ‘conforme a las Escrituras’ (*1 Corintios 15:3-4*) en el contexto de una vida piadosa (*1 Tesalonicenses 1:5; 2:3-12*). Sólo la ‘viva y eficaz’ Palabra de Dios puede penetrar el escudo de defensa del incrédulo y llegar hasta el corazón (*Hebreos 4:12*); y, por lo tanto, sólo Dios puede recibir la gloria por la conversión genuina de los hombres pecadores.

Una vez convertido por el Espíritu Santo de Dios, un hombre disfruta por primera vez en su vida de la perspectiva y el marco de referencia adecuados que le permiten analizar sus problemas intelectuales concernientes a las doctrinas Cristianas, aun en el caso de que nunca encuentre todas las respuestas aquí, a este lado del Cielo.

La conversión de Pablo es una ilustración que nos revela la dinámica divina. Cuando Saulo de Tarso se sintió abrumado por la presencia de Jesús en el camino a Damasco, en lugar de presentarle una lista de preguntas, simplemente clamó, ‘¿Qué haré Señor?’ (*Hechos 22:10*). Y cuando Dios le quitó su ceguera espiritual, ‘Enseguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios.’ (*Hechos 9:20*)

Pablo ‘no fue rebelde a la visión celestial’ (Hechos 26:19), aunque, a la luz de la nueva revelación transformadora, debe haber necesitado años para repensar todas las cosas que había aprendido previamente acerca de las Escrituras. El libro de *Los Hechos* contiene numerosos ejemplos de proclamaciones del mensaje revelado por Dios, cuyos resultados eran la convicción de pecado traída por el Espíritu Santo y las conversiones genuinas (Hechos 2:36-38; 8:34-36; 10:42-48; 16:31-34).

Otro ejemplo importante del Nuevo Testamento de este enfoque de la apologética Cristiana puede encontrarse en la amonestación de Pablo a la iglesia de Corinto en cuando a dejar la sabiduría mundana y el dejar de gloriarse injustificadamente en ciertos dones de señales, para dedicarse a la proclamación clara de la Palabra de Dios. Pablo dijo: ‘Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros’ (1 Corintios 14:24-25).² En este extraordinario pasaje es perfectamente obvio que ni la sabiduría humana ni las señales empíricas eran un sustituto adecuado para la clara proclamación de la Palabra de Dios.

No obstante, si el comunicador Cristiano apela constantemente a la Palabra de Dios para la verdad de ella se establezca en la mente de un incrédulo, ¿no se hace culpable de razonar en un círculo? Si el incrédulo se rehúsa a aceptar las Escrituras como divinamente inspiradas, ¿no debería el comunicador abandonar temporalmente la Biblia hasta que haya logrado demostrar su verdad independientemente, por medio de la apelación a una abundante información de hechos arqueológicos, históricos, científicos y otros hechos tendientes a confirmar sus afirmaciones?

La respuesta a esta pregunta es: ¡No! Si el Cristianismo es meramente *un* círculo de verdad que ha de ser condicionado y definido por *otros* círculos de verdad, entonces no es verdad en absoluto, porque las Escrituras afirman audaz y consistentemente que son la eterna, todo inclusiva, singular, final, y absolutamente autorizada Palabra de Dios. Éste es el fundamento crucial de la verdadera apologética cristiana.

Cuando el cristiano apela a la Palabra de Dios, está apelando al *único* círculo de verdad final concerniente a Dios y a las realidades espirituales. Este círculo es tan vasto y profundo que incluye todo lo que existe dentro del universo así como más allá del mismo, tanto visible como invisible, ¡incluyendo al incrédulo mismo y al mismo ‘dios de este mundo’ que lo está cegando a él!

Por consiguiente, el hecho de apagar la luz de la Palabra de Dios, por así decirlo, a fin de establecer primero un ‘terreno común’ con el incrédulo, es abandonar la verdad a fin de buscar tientes, junto con una mente no regenerada, en la oscuridad que caracteriza a este sistema mundial separado de Dios.

La verdad revelada se autentica y vindica a sí misma, como sucede con la luz. Pedro declaró: ‘a la cual [*a la Palabra de Dios*] hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones’ (2 Pedro 1:19).

Imagínese a un hombre perdido dentro de los recovecos de una caverna oscura, completamente desesperado por encontrar algún camino de salida. Si un amigo tuviera una idea general acerca de su ubicación, ¿cuál sería la mejor manera de acudir a su rescate? ¿Debería entrar a la cueva corriendo, sin fijarse en el camino recorrido, y sentarse con él en la oscuridad, y compartiendo con él el hecho de estar perdidos?

¿No sería mucho mejor que trajera con él una poderosa linterna, y que fuera marcando su camino a medida que entrara en la cueva, de modo que pudiera volver sobre sus pasos hacia la seguridad del mundo exterior? No obstante, supongamos que el hombre perdido, en su extrema desesperación, se rehusara a creer que su amigo tiene una linterna y que hay un camino de salida. ¿Debería el presunto rescatista sentarse en la oscuridad y discutir con él acerca del tamaño, la marca, la potencia, y el funcionamiento de su linterna?

Puesto que el hombre perdido tiene la capacidad de reconocer la luz cuando la ve, ¿no debería su amigo terminar inmediatamente el debate *invitándolo a mirar la luz* cuando él encienda la linterna?

² Bernard Ramm obviamente está muy equivocado cuando dice: ‘Si un hombre tiene un prejuicio contra el Evangelio, es la función de la apologética y las evidencias remover el prejuicio... La apologética y las evidencias Cristianas reducen estas objeciones para permitir que el Evangelio pueda confrontar directamente una vez más la conciencia de un hombre’ (*Protestant Christian Evidences* [Chicago: Moody Press, 1953] pp15-16).

La inmensa capacidad del hombre para oír y ver en el reino físico no le fue dada por casualidad. ‘El oído que oye y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Jehová’ (*Proverbios 20:12*). La capacidad del hombre para reconocer la verdad de Dios tampoco es producto de la casualidad. Todo ser humano tiene esta capacidad y será juzgado por el Creador sobre la base del uso que hizo de ella. Juan nos dice que Cristo, ‘Aquella Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo’, (*Juan 1:9*). El hombre tiene un conocimiento innato de su Creador: ‘Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó’ (*Romanos 1:19*)

Por lo tanto, cuando un hombre es confrontado con la Luz del mundo, que es Cristo, no le resulta de ayuda *acomodarlo*, cuando lo que necesita primero es en realidad otra luz. Cuando un apologista Cristiano apaga la luz de su Señor y comienza a buscar a tientas en la luz del consenso general o de la opinión científica, ha entrado en una caverna espiritual que no tiene salida.

Lo que debe hacer es mantener, de una forma u otra, el corazón y la mente de su amigo no creyente expuesto a la Palabra de Dios, pidiendo en oración todo el tiempo que el Espíritu de Dios produzca convicción del pecado y el buen deseo de confiar en el Salvador. Si no responde a la infalible Palabra de Dios, que es Su revelación *especial*, ¿qué seguridad tenemos nosotros de parte de la Biblia de que él responderá al testimonio de la revelación *general*, como lo son las varias pruebas teístas a favor de la existencia personal de Dios y las evidencias históricas de la verdad del Cristianismo?

No obstante, el cristiano que adopta este método centrado en la Biblia, debe prepararse para la crítica más vehemente, aun de parte de otros cristianos. Subordinar la argumentación racionalista a la supremacía de la Escritura es ir a contramano de todas nuestras inclinaciones naturales e invitar a que nos acusen de oscurantistas. ‘Después de todo,’ nos están diciendo por todos lados, ‘con tantas falsas religiones, cultos, y filosofías en el mundo actual, ¿una persona inteligente, antes de tomar la decisión final, no tiene acaso el derecho y la responsabilidad de investigar cuidadosamente la validez del Cristianismo comparándolo con otras alternativas posibles?’

Nuevamente, la respuesta es: ‘No’. El Cristianismo no es simplemente un sistema religioso verdadero entre muchos sistemas religiosos verdaderos. Y nuestro Señor Jesucristo tampoco es simplemente uno de varios salvadores que podemos investigar cuando nos quede cómodo y podamos hacerlo conforme a nuestros términos.

Además, nuestro investigador inteligente está lejos de ser neutral y de no tener prejuicios en cuanto a los temas espirituales. No puede sentarse a juzgar objetivamente las religiones, e ir pasando de una a otra, esperando encontrar una que sea lógicamente coherente, histórica y científicamente verdadera y personalmente satisfactoria, antes de adoptarla como suya propia.

Todo lo contrario, los hombres son enemigos activos del Único Dios verdadero, autor de la revelación y de la redención, a cuya imagen y semejanza todos nosotros hemos sido creados, y ‘en Quien vivimos, y nos movemos, y somos’ (*Hechos 17:28*). Es cierto que la imagen divina ha sido desfigurada mediante la Caída, sin embargo todavía está bastante intacta (*Génesis 9:6; 1 Corintios 11:7; Santiago 3:9*).

Precisamente debido a que lleva la imagen de Dios, es que el hombre interiormente *conoce quién* es este Dios. Por eso es que se escapa de Dios y Su Palabra y oculta su rostro de Él. (*cf. Génesis 3:10; Isaías 53:3*). También es por eso que se opone o suprime la verdad en injusticia (*Romanos 1:18*) y ‘aborrece la luz y no viene a la luz’ (*Juan 3:20*).

Los hombres pecadores no pueden afirmar inocentemente que Dios es una entidad desconocida: ‘Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido’ (*Romanos 1:21*). Éstas son las razones por las que los hombres pecadores realmente no tienen derecho a demandar ‘credenciales apropiadas’ cuando el Creador les dice: ‘¡Arrepiéntanse! ¡Crean en Mi Palabra! ¡Obedézcanme AHORA!’ Cuando el Espíritu Santo le dice al corazón humano ‘Cree en el Señor Jesucristo,’ demorarse, investigar o debatir es un suicidio potencial. ‘He aquí **ahora** el día de salvación’ (*2 Corintios 6:2*). ‘Pero Dios ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan’ (*Hechos 17:30*). Dios puede generosamente prolongar la apelación, ¡pero el hombre pecador no puede abusar de esta oportunidad!

Miremos al asunto desde una perspectiva diferente. Si un hombre no regenerado realmente tuviera el derecho de demandar una plena satisfacción intelectual con respecto a las afirmaciones de la Palabra de

Dios *antes* de aceptarlas, sería el más grande de los necios porque estaría conformándose con cualquier cosa menos que con una demostración completa.

Pero a fin de tener dicha demostración, él tendría que examinar cuidadosamente *todos* los hechos pertinentes y *cada* alternativa posible antes de recibir a Cristo como su Señor. Por supuesto, se moriría mucho antes de que llegar al lugar donde podría tomar una decisión sobre esta base. Dicho enfoque de la apologética cristiana no sólo es anti bíblico ¡sino también conduce a absurdos lógicos!

Darle a un incrédulo la impresión de que tiene el derecho de demandar respuestas a todos los problemas racionales relacionados con la Biblia y el Cristianismo antes de arrepentirse de su pecado y acudir a Cristo para obtener perdón, es colocarlo sobre un pedestal de orgullo intelectual y espiritual del cual *nunca* se va a bajar. ¿Qué pueden lograr realmente esos debates interminables para preparar a dicha persona para ‘el día cuando Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo conforme a mi evangelio’ (*Romanos 2:16*)?

¿Qué puede decirse de dicha apologética racionalista cuando la comisión que Dios nos ha dado es que presentemos ‘todo el consejo de Dios’ (*cf. Mateo 28:18-20; Hechos 20:27; 2 Timoteo 2:2; 4:2*)? ¿Y cómo responderemos a la admonición de Pablo a Timoteo, que sea ‘amable para con todos, apto para enseñar [i.e.: *enseñar la verdad revelada*], paciente, que con mansedumbre corrija [i.e., con la Escritura] a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él’?, (*2 Timoteo 2:24-26*).

Si el Nuevo Testamento es nuestra guía infalible en estos asuntos, debemos llegar a la conclusión de que el Cristiano que quiera ser usado más eficazmente por Dios para ganar a las personas para Cristo no es el que sabe muchísimo acerca de temas seculares como la filosofía, la psicología, la historia, la arqueología, o las ciencias naturales (importantes como pudieran ser en su propio lugar estas disciplinas para desarrollar un punto de vista Cristiano comprensivo del mundo y la vida). Dios usará al cristiano que conoce mucho de la Palabra de Dios, y que busca humildemente la fortaleza y sí para obedecerla.

El mejor apologeta Cristiano es el mejor estudiante de la Escritura, aquel que, para usar los propios términos de la Biblia para describirlo, es ‘un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad’ (*2 Timoteo 2:15*).

Será un hombre como Apolos, ‘poderoso en las Escrituras, [quien] hablaba y enseñaba diligentemente [a los incrédulos] lo concerniente al Señor’ (*Hechos 18:24-28*).

El escritor está totalmente de acuerdo con los que insisten que el Cristianismo es supremamente racional. Esto no se debe a que el Cristiano entiende todas las cosas que Dios ha revelado, porque hasta el apóstol Pablo se rehusó a afirmar tal cosa (*Romanos 11:33; 1 Corintios 13:9; ver también 2 Pedro 3:16*).

La razón por la cual uno debe insistir en la racionalidad esencial del Cristianismo está en la naturaleza de Dios Mismo. Sus pensamientos nos han sido comunicados eficazmente y en verdad. La Biblia es comprensible (*1 Juan 2:20, 27*). No obstante, el hecho de que el hombre es un ser finito le impide conocer a Dios exhaustivamente. El Evangelio podrá ser locura ‘a los que perecen’ (*1 Corintios 1:18*), pero *no* es locura intrínsecamente; es sabiduría perfecta a infinita (*1 Corintios 1:20-29*). Por lo tanto, el mensaje Cristiano es *fundamentalmente racional*. Pero esto está muy lejos de decir que el mensaje Cristiano puede ser comunicado *racionalmente* a los hombres perdidos.

El apóstol Pedro, por el Espíritu de Dios, dio mandamientos a cada creyente: ‘Y estad siempre preparados para presentar defensa [Gr.: *apologian*] con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros’ (*1 Pedro 3:15*). ¿Significa esto que el Cristiano debe salirse de la esfera de la verdad revelada para proveerle al incrédulo una justificación intelectual y académica de fe que el Cristiano tienen en la Palabra de Dios? En vista de sus muy limitados antecedentes, ¿podría Pedro haber cumplido dicho mandamiento?

El apóstol Pablo era muy conocido por su gran sabiduría (*Hechos 26:24; cf. 22:3*), pero, en vista de su expresa determinación ‘Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios’ (*1 Corintios 2:2 y 5*), ¿habría condescendido con dichas búsquedas para los Corintios de mentes filosóficas? Difícilmente.

Por lo tanto, uno sospecha desde el mismo comienzo que la muy popular interpretación semi-racionalista de *1 Pedro 3:15* está equivocada.³

Un examen del contexto inmediato del pasaje confirma esta sospecha. Pedro estaba escribiendo a cristianos perseguidos que estaban siendo aterrorizados por sus vecinos paganos. Sin embargo, se les ordenó que no se hundieran en la desesperación, sino que reconocieran su situación como verdaderamente ‘bendita’ (cf. *Mateo 5:10; Santiago 5:11*).

Además, no debían amedrentarse ni turbarse (*1 Pedro 3:14; cf. Isaías 8:12*). Pero, ¿por qué debían adoptar dicha actitud? ¿Porque ellos sabían que podían superar tácticamente a sus enemigos en el debate intelectual? ¡Definitivamente no! Los primeros Cristianos no tenían a ‘muchos sabios según la carne’ entre ellos (*1 Corintios 1:26*).

Su confianza estaba basada realmente en sus recursos espirituales, en Cristo el Señor, a Quien ellos debían *santificar* en sus corazones.

Además, las palabras que siguen al mandamiento de Pedro: ‘que sepáis como debéis responder a cada uno’, son muy significativas. Esta defensa debía hacerse con ‘mansedumbre y reverencia’ (cf. *Colosenses 4:6*), y con ‘buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo.’

Nótese cuidadosamente que estas condiciones no tienen nada que ver con el debate racionalista, porque una suposición básica subyacente en dicho debate es que la respuesta correcta es eficaz sin tener en cuenta la presencia o ausencia de humildad, reverencia o piedad de parte de aquel que está dando la respuesta. Pero en el testimonio espiritual de la verdad de Dios, estos factores son absolutamente vitales.

Entonces, en este pasaje está claro que los cristianos no pueden respuestas espiritualmente eficaces a personas no regeneradas, con respecto a la esperanza que hay en ellos, hasta que ellos hayan aprendido a *santificar al Señor Dios en sus propios corazones*. ¿Pero qué significa eso realmente?

En este contexto, el término *santificar* presupone que los Cristianos son santificados o santos, es decir, colocados aparte para Dios.

Entonces, en el contexto inmediato, Pedro está diciendo que el creyente debe confesar su incapacidad para convertir a los hombres mediante meros razonamientos humanos, y debe reconocer la capacidad singular y soberana de Dios para efectuar la conversión. Debe aprender a pedir en oración que el Dios que conoce el corazón de todos los hombres y que sabe cómo penetrar esos corazones con Su Palabra, presente Su Palabra a los oyentes por el Espíritu, y sea glorificado por los resultados.

Durante la campaña de los Aliados en 1944 en Bélgica, mejor conocida como la Batalla de las Ardenas, este autor prestó servicio como ‘computador de dirección de fuego’ en un batallón de artillería de campo en el ejército de los EE.UU. Su trabajo era permanecer con otros dos hombres en un sótano detrás de las líneas del frente para dar instrucciones a los artilleros que manejaban doce cañones de 105 mm.

El trabajo realmente peligroso le era confiado al observador que estaba más cerca de las líneas del frente, que generalmente era un teniente. Tenía que ubicarse en un lugar alto, lo suficientemente cerca como para ver a los tanques aproximándose.

Cuando ya se podían ver los tanques, surgía una crisis potencial. El observador podía ceder al pánico o podía seguir las estrictas instrucciones. Si cedía al pánico y huía a la retaguardia, los tanques podrían proseguir sin obstáculos, y se podrían perder la batalla y el observador mismo. O él podía correr hacia los tanques y comenzar a dispararles. Eso también sería desastroso para él, y para su unidad militar.

No obstante, había una tercera alternativa, la de ‘santificar’ a la artillería de campo en su corazón! En otras palabras, podía seguir las instrucciones y telefonar al ‘centro de dirección de fuego,’ dándoles la cantidad, el tamaño, la ubicación, y velocidad y el movimiento aparentes de los tanques enemigos, confesando así su incapacidad de manejar la situación por su propia cuenta, y confesando también la capacidad de la artillería de campo para hacer el trabajo que él no podía hacer.

³ Mientras el racionalismo puro en la apologética pretende que los incrédulos pueden ser introducidos al reino directamente mediante argumentos, el semi racionalismo pretende que ‘el propósito de la apologética siempre es meramente quitar los obstáculos intelectuales para que las Escrituras y el Espíritu Santo puedan hacer su trabajo’ (Edward John Carnell, ‘*How Every Christian Can Defend His Faith*’, in *Moody Monthly*, February, 1950).

No es necesario explicar que una vez que la artillería localizaba esos tanques, los que estaban en peligro inminente eran los tanques. A medida que docenas de proyectiles perforantes silbaban sobre la cabeza de los observadores y penetraban en los tanques y explotaban, *los observadores estaban haciendo su más grande apologética del desafío que enfrentaban.*

Como ‘observadores adelantados’ de Dios en el mundo de Satanás, de demonios y de hombres caídos, los Cristianos deben aprender a clamar a su Señor. Ningún otro sistema ha funcionado nunca, y realmente nunca funcionará.

Entonces, ¿cuál es la ‘respuesta’ que cada uno de nosotros debemos tener preparada para dar a todos los que nos pidan la razón de la esperanza que tenemos? La respuesta no debe ser nuestra propia palabra sino básicamente la Palabra de Dios. Los pensamientos de Dios son infinitamente superiores que nuestros pensamientos (*Isaías 55:9*), y Sus palabras penetran mucho más profundamente en los corazones de los hombres que nuestras propias palabras.

En todo sincero esfuerzo por ganar almas, el creyente pronto descubre que sus propias palabras están muertas, son inactivas y tontas.

Pero ‘la Palabra de Dios es vida y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón’ (*Hebreos 4:12*).

Fue Cristo el Señor quien estableció el modelo apologético para todos los creyentes cuando derrotó tres veces a Satanás con citas exactas y apropiadas de la Palabra de Dios, y con la fórmula ‘Escrito está’ (*Mateo 4:1-11*). En su gran confrontación con los Fariseos incrédulos en *Juan 8:12-59*, nuestro Señor apeló constantemente a las realidades espirituales básicas, tales como el testimonio de Su Padre (*Juan 8:14, 26, 28, 29, 38, 42, 49, 54*), más bien que a las señales milagrosas. Es digno de notar que ‘hablando él muchas cosas, muchos creyeron en él’ (v. 30).

¿Sienten a veces los cristianos que, debido a los descubrimientos arqueológicos, históricos, científicos y otros que arrojan luz sobre las Escrituras, cuentan con una apologética superior a la de nuestro Señor y Sus apóstoles, y a la de la iglesia primitiva?

Si es así, no han santificado realmente al Señor Dios en sus corazones y sus respuestas a los hombres perdidos no pueden traer convicción ni conversión en el sentido Bíblico de estos términos. La obra de Dios debe hacerse según el método de Dios si es que ha de recibir la aprobación de Dios (*cf. 1 Corintios 3:10-15*).

Dr. John C. Whitcomb
6147 Hythe Road
Indianapolis, IN 46220
EEUU

E-Mail: jcwhitcomb@juno.com

Website: www.whitcombministries.org

Escuche los sermones del Dr. Whitcomb en: www.sermonaudio.com/sermonsspeaker.asp